



Entre pirámides

POR SONIA EHLERS S. PRESTÁN

Teotihuacán, lugar azteca de mis sueños perdidos entre escalinatas interminables. Finalmente, estaba ahí, no podía creerlo.

Decidí comenzar a subir la pirámide más alta. Subía peldaño a peldaño temeroso de caer. No podía mirar hacia arriba, sería irrespetar al dios del sol.

Concentrado, iba cuando me alcanzaba y rebasaba un lugareño que tendría mi edad. Ya me lo había topado en la pirámide de la luna. Parecía conocer muy bien todo el lugar. Se ganaba unas propinas haciendo las veces de guía los fines de semana, por lo que había escuchado.

—Apúrate —me dijo— ¡llegarás tarde a la cima, y no lo verás!

—¿Qué cosa? —le respondí con curiosidad—. Arriba no hay nada más que turistas, y si voy más aprisa puedo caer, tengo miedo a las alturas.

—¿Nadie te ha contado? —me preguntó mientras continuaba subiendo muy rápido.

—Hoy no. Hoy es un día especial. Cuenta la leyenda que... pero para que te digo ahora. Sube y verás... allá nos vemos—.

Eran peldaños muy estrechos. Dicen los libros

de historia que eran así para que los pobladores respetaran a los dioses, y siempre estuvieran viendo hacia abajo mientras subían las empinadas pirámides.

Me senté un rato para tomar aliento, y desde ahí, veía al pequeño lugareño que me hacía señas para que me apurara. Ya parecía que éramos amigos en la aventura de subir. Mientras subía y me acercaba a la cima, escuchaba voces muy confusas que decían: "Miren allá por el Este, ¿lo ven? ¿sí?, ¿no? Miren con detenimiento, se mueve muy rápido... igual que el año pasado!, decían otros... ¡Ay, qué susto, me muero de miedo, mejor bajemos! ... ¡No, quedémonos, no se acercará... está lejos!..."

Me apuré un poco para terminar de subir. Llegué a la cima jadeando; el paisaje, ¡espectacular! La tarde estaba muy clara, hacía mucho calor, era sofocante. Miré hacia donde la gente apuntaba y quedé atónito... sí, sí lo veía. Era increíble. No había visto nada igual en mi vida.

A lo lejos brillaba un objeto no identificado. Parecía un platillo volador que se movía a la velocidad de la luz; pasó sobre las plantaciones silvestres de agave que se veían en el

horizonte, se deslizó a unos cuantos metros de la pirámide de la luna, la sombra que iba dejando a su paso caía tenebrosa sobre el camino de los muertos causando un ligero escalofrío en los visitantes que estábamos observando el fascinante espectáculo desde

la pirámide del sol. De pronto el platillo desapareció; no tuve tiempo de reaccionar para tomarle una foto. Todo duró tan solo unos segundos, llevaré aquella imagen en mi memoria mientras viva.

Donde duermen los gallinazos*

La ciudad duerme. Sólo se escucha el viento recorrer las avenidas empedradas desde la época colonial. Luces iluminan algunos parques públicos y una que otra esquina, en algún momento muy oscura, y testigo de atraco o concepción. Cerca de la salida del pueblo, despiertan familias a la entrada del vertedero de basura para ese centro y los alrededores.

El vertedero ha estado ahí desde que el abuelo de Juan tiene memoria, y antes, según le contaban. Hace un poco de frío; enciende la estufa de leña al tiempo que coloca una tetera. Vierte dentro de ésta agua de un cántaro; comprueba que el agua está por terminarse. Tendrá que ocuparse de ello más tarde. Siente el aleteo de algunas aves. Se asoma por la ventana de la choza y sonrío.

Sí, ahí están; igual que él, tienen varias generaciones en el basurero. Los gallinazos están por despertar. Duermen sobre las ramas de los ciruelos. Cuenta las del primer árbol: dieciséis; nunca las ha podido contar todas. Normalmente, elevan su vuelo antes de poder concluir. Por lo menos los del primer árbol ya están. Regresa a su estufa, el agua

hierve y se decide por el té de canela. Siempre toma el mismo. El tazón sin asa es su favorito. Nuevamente a la ventana, los gallinazos otean desde los árboles. Parecieran esperar su salida para imitarlo. Listos para comenzar su día, igual que él.

El norte reparte con uniformidad los olores del basurero. Contrario a lo pensado, son muy variados. No todos fétidos ni desagradables. Hoy, por ejemplo, huele a verde, a musgo, a madera, a eucalipto; respira profundamente y dice: "Sí, sí, eucalipto". A última hora, ayer, llegaron los camiones que recogen basura seca. Los jardineros organizadamente entregan sus podas de la semana. "Hoy debo recoger la leña de la semana, antes del anochecer o pasar frío", va murmurando.

Los gallinazos no celebran esos olores; harán un mayor esfuerzo y volarán hasta el matadero más próximo o peinarán el campo. Se asoma nuevamente y ya han partido casi todos. Alcanza a ver el vuelo organizado. En las alturas recorren centímetro por centímetro en busca de animales muertos. A ésas que ya se elevaron no las volverá a

ver hasta la caída del sol. Quedaron las más viejas; igual que él, escudriñarán los desperdicios del día anterior.

Juan se pone sus botas de trabajo de cuero con suela de caucho. Recuerda el día que las encontró, como un milagro para él. Necesitaba unas hacía años y de pronto aparecieron ante sus ojos con todo y cordones. Al principio, le apretaban un poco, pero nada que sus pies no pudiesen soportar. Se puso su sombrero de paja y salió a su faena. A medida que caminaba encontró otros colegas: hombres, mujeres y niños que vivían entre los escombros. Hablaban poco; se limitaban a los gestos. Muchos de ellos todavía no contaban con tazón, ni tetera, pensaba. Era afortunado. Heredó varios utensilios que le hacían la vida agradable, nada había como el apoyo de la familia para sobrevivir en el basurero.

Caminó un kilómetro entre los escombros hasta llegar. Se extrañó de ver a los gallinazos tan tranquilos; habían formado un círculo y no estaban escarbando ni descuartizando. Juan, que no cambiaba su ritmo ante ningún objeto o hallazgo, se apresuró. Algunos buitres abrían sus alas, otros hurgueaban entre sus plumas. Escuchó el llanto y, se apresuró entre las aves que lo conocían y no se asustaban ante sus pisadas. Habían aprendido a convivir entre ellos y para él era lo máspreciado de la naturaleza. Lo ayudaban a mantener el basurero en orden y bajo control para no sobrepasar su capacidad. Siguió el llanto apresurándose y, ante sus ojos atónitos, apareció un recién nacido. Esto no le había sucedido antes. Lo recogió cubriéndolo con su chaleco. Los gallinazos entonces rompieron filas y se dedicaron a lo suyo.

Juan no sabía con claridad qué hacer. Si reportaba el hallazgo a las autoridades, el niño iría a parar a alguna guardería del Estado. Era prácticamente imposible dar con

sus padres. Si lo tiraron a la basura malamente lo querían. Él necesitaba alguien a quien querer y a quien dejar sus posesiones. Tenía un cofre donde guardaba todas las piedras preciosas que encontraba y un baúl con objetos de valor. No se había casado, no tenía concubina, no tenía hijos, no tenía a nadie. Podría ser la oportunidad que había esperado para abandonar el basurero. Tenía una fortuna considerable, podría comprar una casa en un buen barrio, enviar al niño al mejor colegio, licitar para el negocio de la recolección de basura. Podría convertir a su reciente hijo en el rey del lugar, con su experiencia. Cavilaba con el niño en brazos, que lo miraba y sonreía. Se le estaba pasando el frío, comenzó a sentirse seguro en los brazos de aquel hombre.

Al caer la tarde, Juan con el niño en brazos se asomó a la ventana y le decía al niño: "ahí vienen todos los gallinazos, al igual que tú, los desprecian en el pueblo, y acá se retiran a descansar. Vienen de tres en tres, de seis en seis, suman centenares. Prestan un gran servicio a la humanidad".

"Mi padre era..." y así va relatando su vida al nuevo heredero del basurero.

(*Nota: este cuento fue publicado por primera vez en el libro de cuentos *Concepción para cuentos I*)

SONIA EHLERS S. PRESTÁN. México D.F. 1949. de nacionalidad panameña. Estudio francés en L'Ecole Benedict en Lausanne, Suiza. Ha vivido en Panamá, México, Suiza, Chile y los Estados Unidos de América. Libros publicados: *Presencia de Pedro Prestán; Concepción para cuentos I* (2006) y *II* (2008); *Las tortugas y otros relatos infantiles* (2010); *Alquiler fatal* (novela; 2011).